

# El taxista-poeta

Por MERCEDES LAZO

De cuando en cuando surge entre la gente, masa anónima, un hombre que habla en verso, que lleva en sí la rima y una pequeña esencia de poesía. Se ha repetido el fenómeno del pastor-poeta; fenómeno raro, pero comprensible en razón a sus circunstancias: campos, árboles, rebaños, equilas, puestas de sol y reflejos de luna. Mas he aquí una voz que brota sobre el asfalto, a la sombra de un bosque de edificios—cemento, ladrillos, estructuras metálicas—, inmerso en el rebaño rodante, al ritmo de los timbres de colores—rojo, verde, naranja—, bajo el reflejo de una luna hecha de vatios.

Sabemos que la circulación en la capital se hace anárquica. Los conductores encauzan la excitación hacia la violencia. El más templado deja a su paso un enjambre de palabrotas—que dice y le dicen—, de insultos familiares, y es curioso que los máximos insultos que se le dedican a un hombre impliquen siempre a una mujer. Todo el mundo cree que conduce bien. Todos y cada uno, por separado, aseguran tener unos reflejos rapidísimos, dominio del volante y conocimiento perfecto de lo que deben hacer. Son los "otros" los que conducen mal, cada uno de los "otros". El embotellamiento, la rozadura, el golpe y el trompazo son causa de los defectos ajenos. Si alguna vez la evidencia del suceso no permite este tipo de defensa se achaca la culpa al coche propio. Algo ha fallado: el freno, el acelerador, el encendido, en fin, uno cualquiera de los múltiples mecanismos que componen eso que se llama motor. El mal humor aumenta en calidad y cantidad. Sin embargo, hay excepciones, siempre hay excepciones. La que vamos a reseñar.

Fué como un regalo divertido y sorprendente. Fué el mejor regalo de mi día onomástico. Y sucedió así. Tomé un taxi, dije las señas y reanudé el hilo de mis pensamientos. Al rato noté que el taxista farfullaba algo. Presté atención. Parecía recitar refranes, uno tras otro, sin pausas:

"O apartas la carretilla  
o te juegas la costilla.  
Me voy a poner la gorra,  
que está el guardia de la porra."

Pero ¡si no eran refranes! Eran comentarios. Allí estaba el chico de la carretilla, que se había separado en el momento justo. A cincuenta metros estaba el guardia, ¿es que usted habla en verso?

Se volvió a medias, nos sonrió y respondió:

—Si la vida es una prosa,  
hay que convertirla en rosa,  
y hay que tomar esa rosa  
y nunca hablar de otra cosa.

Rápidamente saqué las cuartillas y la pluma:

—¿De dónde es usted?

—Para evitar empeño,  
soy madrileño.

—¿Desde cuándo versifica?

—Sigo este procedimiento  
desde que sirvo al Ayuntamiento.  
Me siento fuerte y prudente  
y trato bien al cliente.

Entretanto, rodábamos por el centro de Madrid. Era la una de la tarde. Coches, moto-carros, motocicletas, luces, guardias, peatones que se ciñen como toreros, voces airadas.

—¿Es que a usted no le afecta la circulación, no le pone nervioso?

—Para ver las cosas en su real tamaño

llevo al servicio público seis años. Por eso trato a la vida con cautela y procuro conservar la clientela, pues no hay mayor locura que pensar en la sepultura. ¡Pensar en el camposanto causa siempre gran quebranto!

—¿Es usted casado?

—Sí. Y lo único que me impacienta es que enferme la "parienta".

—¿Es suyo el taxi?

—¡Ah! Si lo fuera,  
siempre sería primavera.

Paró el coche. Habíamos llegado. Me dejó el escrito, garabatos con alzas y bajadas, especie de gráfico del pavimento recorrido.

—Soy periodista. ¿Tiene inconvenien-



te en que publique esto, en que hable de usted?

Sonrió satisfecho, dió su conformidad con un gesto y añadió:

"Menos mal que en vez de coger a un turista he cogido a un buen periodista. Y si fuera mío el coche estaría recitando hasta la noche."

—¿Tiene hijos?

—Tres.

—¿Cómo se llama?

—Joaquín López.

—¿Dónde vive?

—En Conde Duque, veinticuatro.

Estas respuestas, lacónicas, fueron las únicas que dijo sin rima.

—Tres hijos, el taxi no es suyo y, sin embargo...

Nos interrumpió:

—Llevo repleto el bolsillo  
porque no me llamen pillo.

Y al decirlo se golpeaba sobre el corazón.

—¿De qué llevaba repleto el bolsillo?

—¿De qué bolsillo hablaba? ¿No sería un símbolo intuitivo el que le hacía señalar el corazón? Me quedé en la acera

tranquila y suavemente, abriéndose camino entre la masa rodante. De nuevo abriría la llave de su música, que rimaba la circulación, la gente, el tiempo, la vida.

"... y hay que tomar esa rosa  
y nunca hablar de otra cosa."

¡Un taxista-poeta aquí, en Madrid, ahora, rodeado de conductores que gritan, que se enfurecen, que mientan a las familias respectivas, que disparan palabrotas!

"Si tuviera dinero—pensé—, le compraría un taxi. Para que siempre fuera primavera en su vida. Pero hay "otros", "otros" que tienen dinero, "otros" que conducen su vida sobre ricos amortiguadores que hacen muelle la calzada. Si sólo hubiera uno..."

"Si la vida es una prosa  
hay que convertirla en rosa,  
y hay que tomar esa rosa  
y nunca hablar de otra cosa."